

Movimientos sociales y ¿nuevas economías?.

Luciana García Guerreiro y Juan Wharen.

Cita:

Luciana García Guerreiro y Juan Wharen (2007). *Movimientos sociales y ¿nuevas economías?.* XXVI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. Asociación Latinoamericana de Sociología, Guadalajara.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-066/1683>

Título: Movimientos sociales y ¿nuevas? economías

Luciana García Guerreiro - lucianagarciaguerreiro@yahoo.com.ar

Juan Wahren – juanwahren@yahoo.com.ar

Becarios doctorales en el Grupo de Estudio de los Movimientos Sociales de América Latina (GEMSAL) - Instituto de Investigaciones Gino Germani - Facultad de Ciencias Sociales - UBA

Introducción

Durante las últimas décadas hemos visto emerger un conjunto de resistencias locales, acciones colectivas y movimientos sociales de diversa índole que frente al avance del capitalismo globalizado se han propuesto construir estrategias populares alternativas al proceso de diferenciación, exclusión y dependencia. Muchas de estas organizaciones han surgido al calor de luchas reivindicativas por trabajo, por el mejoramiento de las condiciones de vida y la defensa de los derechos sociales y los recursos naturales amenazados por el modelo neoliberal. A lo largo de este proceso observamos que en muchos casos estas estrategias han implicado la construcción de nuevas prácticas políticas y económicas, generando nuevas sociabilidades y trastocando los “mundos sociales” de quienes las integran. Autonomía, autogestión y solidaridad, son algunos de los principios que sostienen esta búsqueda que se materializa en algunos casos en la creación de iniciativas productivas y nuevas estrategias de comercialización autogestionadas por las propias organizaciones.

En un primer apartado analizaremos los nuevos escenarios que fueron configurándose en la Argentina durante la década del noventa a partir de las transformaciones estructurales producto del proceso de modernización capitalista a nivel global. Indagamos las consecuencias en términos económicos, políticos y sociales, haciendo especial hincapié en los procesos de concentración económica y desarticulación social y sectorial que impactaron en las formas de pensar-vivir la economía.

Luego, nos proponemos reflexionar en torno al surgimiento de resistencias y nuevas estrategias económicas orientadas a satisfacer las necesidades de importantes sectores de la población mediante vínculos que escapan los circuitos hegemónicos del mercado. No nos detendremos en la descripción de experiencias particulares (aunque tomaremos algunos ejemplos) sino más bien intentaremos llevar a cabo una reflexión desde un abordaje más general en torno a la problemática, los procesos y los cambios que implican estas nuevas

prácticas. En tal sentido, pondremos el acento en el modo en que las mismas desafían los procesos excluyentes del capitalismo actual, valorando las rupturas implicadas en la emergencia de esas iniciativas -en tanto “campos de experimentación social” (Santos, 2002)- analizando las tensiones entre reproducción social y resistencia, o regulación y emancipación.

Para finalizar intentaremos identificar los cambios que han introducido en los vínculos sociales y económicos de sus protagonistas, las potencialidades de transformación que comportan y los principales desafíos que encuentran dichas experiencias en el escenario actual de la globalización neoliberal. Cabe destacar que este trabajo constituye una primera aproximación sobre la problemática y que, si bien tiene carácter exploratorio, pretende abonar a la reflexión en torno a la emergencia de nuevas sociabilidades que resignifican el vínculo entre las dimensiones económicas y políticas de las prácticas sociales.

Nuevos escenarios, nuevos actores

Desde mediados de la década del setenta en distintos países de América Latina comenzaron a aplicarse políticas neoliberales mediante reformas estructurales en la esfera de la economía, la educación, la salud, la seguridad, y en el propio rol de los estados nacionales. Estas reformas fueron aplicadas generalmente en el marco de cruentas dictaduras militares como fue el caso de Chile, Argentina, Uruguay, Paraguay, entre otros países. En nuestro país una vez recuperada la democracia, estas políticas neoliberales fueron profundizadas durante el gobierno de Carlos Menem en la década del noventa. Siguiendo los acuerdos del Consenso de Washington¹-promovido por los organismos financieros internacionales como el Banco Mundial (BM), el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID)- se llevaron a cabo medidas tendientes a lograr la apertura comercial, la desregulación de los mercados y la privatización de empresas públicas. En este contexto, el Estado generó una serie de ajustes fiscales y presupuestarios para cumplir con las premisas fijadas, profundizando aún más el desmantelamiento del andamiaje industrial y productivo que en los sectores urbanos provocaron el cierre masivo de empresas y el aumento dramático de los índices de

¹ El "Consenso de Washington" se creó en los países desarrollados para definir la naturaleza de la crisis latinoamericana y las reformas (de corte ortodoxo) que serían necesarias implementar para superarla. El mismo postulaba que el problema radicaba en un "excesivo estatismo" del modelo de Industrialización por Sustitución de Importaciones -ISI- y en un "populismo económico" que generaba una incapacidad para controlar el déficit público y las demandas sociales.

desocupación². Como consecuencia, los sectores populares urbanos atravesaron un proceso de pauperización que impactó en su calidad de vida provocando un deficiente acceso a coberturas sociales, de salud y educación.

Este “retiro activo” del Estado a partir de de las críticas en torno a su rol en cuanto mediador y regulador de la actividad económica conllevaron un cambio en las reglas de juego imperantes en las relaciones económicas, ya sean éstas de producción, consumo o intercambio. Esto no significa que el neoliberalismo haya reemplazado el Estado por el mercado³ -como algunos afirman- sino que transformó sus funciones, debiendo construir una nueva forma de aparición y acción en el contexto neoliberal. Es decir, se vislumbró un pasaje de un Estado ligado a concepciones “desarrollistas” y a la implementación de políticas redistributivas de integración de sectores medios y populares, hacia un Estado más vinculado a los nuevos requerimientos del desarrollo capitalista a nivel global. De hecho, ha tenido un rol más que activo en la implementación del proyecto globalizador y en la redistribución del ingreso hacia el capital concentrado a través de una “disimulada” regulación estatal de la desregulación del mercado. Tanto en el espacio de la producción como en el de la distribución, se consolidaron procesos de concentración y centralización del poder económico mediante la conformación de conglomerados de empresas nacionales y multinacionales que comenzaron a operar en diversas ramas de actividad y áreas geográficas. Así, adquirieron protagonismo grandes empresas de capital concentrado que mediante una serie de ventajas comerciales y políticas logran posicionarse mejor que el resto en diferentes mercados, a través de la centralización de la toma de decisiones y la descentralización geográfica de su actividad (Teubal y Rodríguez, 2002).

En el ámbito rural también se produjeron profundas transformaciones que afectaron los mundos campesinos, indígenas y de pequeños y medianos productores. Hasta mediados de los años setenta la estructura agraria argentina presentaba un modelo agroexportador de alimentos que -aunque con profundas desigualdades- incluía a las economías regionales y a los pequeños y medianos productores, a la vez que garantizaba la provisión de alimentos para el mercado interno. Con la instauración del modelo neoliberal este esquema agropecuario sufrió importantes cambios, orientándose principalmente a la satisfacción del mercado externo.

² Los picos de la tasa de desocupación fueron del 18,4% en mayo de 1995; 18,3% en octubre de 2001, 21,5% en mayo de 2002 (EPH-INDEC).

³ Al respecto podemos señalar, siguiendo a Polanyi (1992), que pensar en un mercado auto-regulado o en un Estado ausente es utópico y supondría considerar tanto al Estado como al Mercado como entidades uniformes, cuyo vínculo se establece en un juego de suma cero, donde uno reemplaza al otro.

A partir del decreto de desregulación de 1991⁴, el campo argentino se vio regulado cada vez más por las “leyes del mercado”, repercutiendo directamente en la desarticulación de los mundos de los pequeños productores y las economías regionales. La apertura comercial promovió la importación de maquinarias, insumos y tecnología en semillas transgénicas y agrotóxicos. Con estos cambios comenzó a crecer exponencialmente el uso de los *oligocultivos transgénicos* (principalmente soja RR, luego maíz RR y maíz BT), junto con el sistema de *siembra directa* (no remoción del suelo) que generó aún más expulsiones de mano de obra agrícola. Esto, a su vez, tuvo como correlato una mayor dependencia respecto de las inversiones extranjeras (a través de las empresas multinacionales de semillas y de alimentos) y del capital financiero y especulativo a través de los *pools de siembra*⁵. Así se consolidó un esquema productivo basado en la concentración de la tierra y la revolución biotecnológica, siendo la soja el paradigma de dicho modelo.

Puede afirmarse entonces que comienza a ser hegemónico un nuevo modelo basado en el *agronegocio* y en la profundización de la agroindustria orientada a la provisión de insumos para la exportación según lógicas del mercado internacional de commodities⁶, en la cual la concentración de poder económico por parte de algunas empresas sobre las cadenas de distribución y comercialización determina los precios de los productos en detrimento de los pequeños y medianos productores. Este avance del modelo del agronegocio implica pues una nueva territorialidad de los mundos rurales donde se imponen determinados modos de producción obligando a una reterritorialización de poblaciones enteras que ven imposibilitada la continuidad de sus modos de vida. En efecto, una de las características del agronegocio es la construcción de una *agricultura sin agricultores*.

Cabe resaltar que las reformas estructurales descriptas anteriormente se dieron en un contexto internacional de profundización del modelo neoliberal y construcción de una

4 En la Argentina, el decreto de desregulación de 1991 eliminó los principales organismos de regulación y control de la actividad agropecuaria: la Junta Nacional de Carnes, la Junta Nacional de Granos, la Dirección del Azúcar, la Comisión Reguladora de la Yerba Mate, etcétera.

⁵ Los *pools de siembra* son fondos de inversión que arriendan grandes extensiones de tierra a través de inversores -generalmente extranjeros- y que por medio de la utilización de tecnología de punta (satélites, transgénicos, fumigaciones aéreas, etc.) buscan altos rindes de ganancia en el corto plazo a través de la producción de commodities, sin tener en cuenta riesgos como la erosión de suelos, desmontes y desalojos y otras consecuencias sobre el medioambiente y los mundos rurales.

⁶ Los *commodities* son aquellos productos, generalmente materias primas, cuyos precios de referencia del mercado están determinados por la oferta y la demanda de los mercados internacionales y no por las lógicas de los mercados nacionales donde son producidos. La soja, el maíz, el trigo, el petróleo, el gas son algunos ejemplos.

nueva configuración -espacial y temporal- del capitalismo a nivel mundial. Estamos hablando de la mundialización de los procesos productivos; la transformación y transnacionalización del proceso de acumulación de capital; la creación de un nuevo modelo de dominación social; y la difusión a nivel mundial de un nuevo modelo ideológico-cultural hegemónico. La fragmentación política del escenario mundial, la debilidad de los Estados y este “nuevo desorden mundial” (Bauman, 1999) no es entonces un efecto no deseado sino más bien la nueva forma de funcionamiento y organización que se ha ido adoptando para (re)configurar las relaciones políticas, económicas y sociales a nivel mundial.

De la resistencia a la experiencia

Estas transformaciones estructurales por otro lado habilitaron también el surgimiento de estrategias productivas y sociales alternativas. Ya durante la década del noventa grupos de desocupados en diferentes puntos del país y con gran fuerza en el conurbano bonaerense comenzaron a organizarse para demandar por trabajo e ingresos para sus familias. La organización y la lucha permitió en muchos casos la generación de iniciativas productivas propias, donde el trabajo conjunto y autogestionado se materializaba en panaderías, huertas comunitarias, talleres de costura, proyectos de construcción, etc. Lo mismo ocurrió en el marco de organizaciones barriales sociales y culturales -vinculadas en algunos casos a las asambleas populares surgidas en plena crisis de diciembre de 2001- que comenzaron a generar estrategias colectivas para la generación de ingresos a través de la producción cooperativa y el trabajo asociado. Por otro lado, en este contexto de crisis y desocupación surgieron las “empresas recuperadas por sus trabajadores”, un fenómeno novedoso en tanto fueron los propios obreros los que resistieron el cierre y vaciamiento de las fábricas, sosteniendo la gestión de las empresas mediante asambleas y una nueva organización productiva hacia su interior.

También desde movimientos campesinos e indígenas se lograron construir diferentes formas organizativas para resistir el acorralamiento de sus territorios y los avances del agronegocio, promoviendo la defensa y la permanencia de las poblaciones en sus territorios. Por medio de acciones colectivas y organizativas estos actores han transitado un proceso de resignificación de sus territorios y sus identidades culturales y políticas, llevando a la esfera pública problemáticas históricamente invisibilizadas. En esta resignificación de sus territorios e identidades, recuperaron viejas formas de producción y

comercialización (como la recuperación de cultivos ancestrales, la vuelta a la producción diversificada típicamente campesina, las ferias de trueque e intercambio de semillas y productos, etc.) que junto con nuevas formas (ferias francas, cooperativas de producción, comercialización y consumo, producción agroecológica, articulación con redes de consumo justo de las grandes ciudades, etc.) conformaron un entramado que ha implicado una revalorización cultural del trabajo y la vida ligadas a la tierra, otorgando continuidad a una relación cultural con el territorio y los recursos naturales que va más allá de la concepción mercantilista del uso de la tierra para la generación de renta.

Al mismo tiempo nuevos sujetos políticos y sociales, como los movimientos de trabajadores desocupados, las cooperativas populares y los trabajadores de fábricas recuperadas, y viejos actores sociales que reaparecen en la escena pública ahora como sujetos políticos, los movimientos indígenas y campesinas por ejemplo, fueron conformando un entramado organizativo y de acción colectiva que surgió como respuesta al contexto de crisis y exclusión. Estas estrategias que se construyeron como salidas coyunturales, fueron creando espacios que ni el Estado ni el mercado habilitaban, implicando muchas veces un proceso de construcción de modos alternativos de pensar y practicar la política y la economía en sus propios espacios de sociabilidad y producción.

Resignificaciones y nuevos sentidos construidos desde la experiencia

Al adentrarnos en estas experiencias productivas emergentes ligadas a los movimientos sociales encontramos nuevas significaciones, nuevos sentidos construidos y sostenidos desde la práctica. Resulta necesario detenerse en este punto, ya que gran parte de lo novedoso de estas experiencias reside en la preeminencia que adquiere la práctica sobre la teoría. A diferencia de muchas de las experiencias de lucha, organización y resistencia de períodos previos -sostenidas en fuertes postulados teóricos que servían de guía para la acción política y de seguridad ontológica para quienes la llevaban adelante-, los nuevos movimientos sociales surgen en escenarios de inseguridad e incertidumbre que demandan pensarse y repensarse en la misma acción.

Como señala Melucci (1984), los movimientos sociales comparten una serie de características que pueden sintetizarse en a) la solidaridad entre los sujetos que componen la acción colectiva reconociéndose mutuamente y construyendo un “nosotros” en oposición a un adversario común; b) la ruptura de, por lo menos, algunos límites del sistema donde interactúan ejerciendo los modos de protesta por fuera de los canales institucionales; y c) el desarrollo de un conflicto que se inscriba en el espacio público y lo logre mantener por un

período de tiempo considerable. Siguiendo a este autor, reconocemos que los nuevos movimientos sociales implican no sólo la irrupción de un objeto empírico a ser analizado, sino construcciones analíticas que involucran un determinado nivel de análisis de la acción colectiva y

Como ya mencionamos, en el contexto de América Latina estos nuevos movimientos sociales emergen con fuerza en el espacio público enfrentando a los escenarios estructurales contruidos desde las políticas neoliberales. “*La desterritorialización productiva (a caballo de las dictaduras y las contrarreformas neoliberales) hizo entrar en crisis a los viejos movimientos, fragilizando sujetos que vieron evaporarse las territorialidades en las que habían ganado poder y sentido. La derrota abrió un período, aún inconcluso, de reacomodos que se plasmaron, entre otros, en la reconfiguración del espacio físico. El resultado, en todos los países aunque con diferentes intensidades, características y ritmos, es la re-ubicación activa de los sectores populares en nuevos territorios ubicados a menudo en los márgenes de las ciudades y de las zonas de producción rural intensiva*” (Zibechi, 2003b:186). Podemos afirmar que esta reconfiguración territorial ha habilitado a los movimientos a repensar sus prácticas políticas, culturales y económicas que, a diferencia del movimiento sindical o experiencias de lucha de las décadas anteriores, se basan en la autonomía política del Estado y los partidos políticos; la conformación de proyectos autogestionados productivos, de salud y educativos; así como la reapropiación de identidades étnicas y sociales como por ejemplo los movimientos indígenas y campesinos del continente.

Estas experiencias de organización política y productiva han nacido al calor de crisis que pusieron en suspenso los estandartes y las bases de la sociedad industrial y desarrollista de las décadas previas, y que muestran y dejan entrever algunos aspectos de lo que autores como Boaventura de Sousa Santos denominan *transición paradigmática*. “Tanto el exceso como el déficit de cumplimiento de las promesas históricas explican nuestra presente situación, que aparece superficialmente como un período de crisis, pero que, a un nivel más profundo, es un período de transición paradigmática” (Santos, 2000:52). Esta transición, según el autor, tiene dos dimensiones principales: una epistemológica referida a los cambios en la forma de saber dominante; y otra societal en torno a ciertas *vibraciones ascendentes* que ponen en cuestión las principales características del paradigma hegemónico.

En este nuevo escenario caracterizado por el colapso de la emancipación en la regulación de lo que se trata -dirá Santos- es de *reinventar la emancipación social* partiendo de las prácticas sociales, las acciones colectivas y también las *utopías posibles*

que proponen los nuevos movimientos sociales. Así, en esta búsqueda conceptual y práctica se recuperan (y reinventan) viejas luchas y experiencias (mutualismo, cooperativismo, comunidades autónomas, etc.) abriendo un *campo de experimentación social* (Santos, 2002) en torno a la gestación de nuevos modos de organización de la vida individual y colectiva. El cambio en estos nuevos espacios es vivido como necesario desde el día a día, y es en el mismo día a día que es construido.

En efecto, desde las prácticas y los discursos que las acompañan, los movimientos sociales y sus experiencias de resistencia han resultado ser un espacio fértil para la construcción de nuevas sociabilidades y de otros modos de organización vinculados muchas veces a la generación de ingresos, pero también a la posibilidad de ser parte de iniciativas colectivas y de crear nuevos sentidos para las prácticas sociales. Sentidos renovados sobre la lucha, la experiencia colectiva, la producción, la política, el poder, la justicia; el vivir en sociedad.

Deteniéndonos en los espacios productivos de las organizaciones esto se ve en la manera que es resignificado el trabajo, así como también la propiedad de los medios de producción, el mercado, y las relaciones sociales de producción, intercambio y consumo en su conjunto. El trabajo sin patrón, las herramientas de propiedad compartida, el trabajo colectivo, la distribución de los excedentes, el cuestionamiento al uso de ciertas tecnologías y la autogestión han implicado fuertes cambios en los mundos de vida de sus protagonistas -incluso en su autoestima- aportando a la construcción de nuevas subjetividades y sociabilidades basadas en la cooperación y el mutuo reconocimiento.

Para tomar un ejemplo, la experiencia de la Unión de Trabajadores Desocupados de General Mosconi (Salta) confiere diversos sentidos a la idea y la práctica del trabajo. Por un lado, los integrantes de la UTD remiten al imaginario tradicional de empleo estable y formal, ligado a las experiencias vividas en el marco de lo que fue Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF), la empresa estatal de hidrocarburos privatizada en 1991. Por otro lado, frente a la crisis y la situación de desocupación generalizada, la organización comenzó la construcción y búsqueda de alternativas laborales. En este recorrido combinaron acciones colectivas como cortes de ruta, movilizaciones y cortes de acceso a las empresas multinacionales de la zona con el objetivo de conseguir puestos de “*trabajo genuino*”. Con esta idea la organización refiere a trabajos que, aunque a veces temporarios, tienen los beneficios del trabajo formal (cargas sociales y familiares, convenio colectivo de trabajo, obra social, etc.). Sin embargo, al reflexionar sobre su propia experiencia de

organización productiva autogestionada, la UTD habla de “*trabajo digno*”. Pese a que en estas experiencias obtienen remuneraciones menores a los sueldos de las empresas, los integrantes de la UTD plantean que autogestionando su trabajo “*no tenemos patrones que nos manejan*”, es decir, construyen relaciones laborales horizontales y sin jerarquías externas al propio colectivo; todo esto no sin dificultades y contradicciones, similares a las de otras experiencias que aquí analizamos. En este sentido, uno de los referentes de la organización narra el esquema de planificación de los diferentes emprendimientos donde el entramado productivo de la organización sería configurado como “*comunista y cooperativo hacia adentro*”, en el sentido de que serían los propios participantes de los emprendimientos quienes gestionarían integralmente la producción y los frutos de la misma (retribuciones al trabajo, inversiones, etc.), y “*capitalista hacia fuera*”, ya que gran parte de lo producido sería comercializado en el marco del mercado regional.

Lo que se observa es que en el seno de los proyectos cooperativos y/o autogestivos se plantea como desafío la posibilidad de forjar un nuevo tipo de relaciones humanas y sociales, de trabajo y de producción, que redefina la relación con los medios de producción, con la naturaleza y fundamentalmente entre las propias personas. En referencia a este último punto cabe resaltar que las iniciativas productivas y las organizaciones sociales se han constituido en importantes espacios de pertenencia y construcción identitaria para quienes las conforman, generando nuevos lazos sociales y sentidos de comunidad. Desde los jóvenes que no cuentan con experiencias ni inserciones laborales previas hasta los vastos grupos de desocupados cuyos saberes y habilidades se han visto desacreditados por el avance de la modernización industrial, se enfrentan con la difícil tarea de “pasar de la culpa a la autogestión”, como afirman desde el Movimiento de Trabajadores Desocupados de La Matanza. En efecto, el “sálvese quien pueda”, la frustración y el individualismo dominante en muchos casos primó, generando lo que Altvater (2005) denomina “neoliberalismo de abajo”, es decir, estrategias de supervivencia que no hacen más que reforzar los efectos que logra el “neoliberalismo de arriba” a través de la desregulación del mercado, la privatización de los servicios públicos y la expropiación de los bienes comunes.

Sin embargo, existen estas otras experiencias a las que nos referimos, de búsqueda colectiva, basadas en el encuentro solidario y autogestivo de trabajadores que “desobedeciendo al desempleo” (Rebón, 2004) resisten y desafían el *destino* excluyente que les depara el capitalismo neoliberal global. Esteban Magnani refiriéndose al proceso de

las empresas recuperadas por sus trabajadores afirma que se trata de “un *cambio silencioso* que los ha transformado junto a su entorno y ha permitido que maten al que dentro de ellos les decía que la única opción era salvarse solos. Sin necesidad de discursos ni teorías, ellos han llegado a construir la base de un cambio político profundo que se teje día a día en la relación con los demás, y que finalmente teje a toda la sociedad y que ahora renueva las esperanzas para el resto” (2003:9)

En estas iniciativas la autogestión es defendida como principio organizativo en tanto habilita la organización del trabajo colectivo para producir y redistribuir más equitativamente. Es decir, la decisión de autogestionarse puede ser entendida como una respuesta frente a la situación de desocupación y a la necesidad de generación de ingresos, sin embargo observamos que la misma además constituye un proceso creativo y participativo orientado por la búsqueda de autonomía y democracia en la gestión directa de las iniciativas. Así, la horizontalidad y el poder compartido que implica el proceso autogestivo es entendido como un medio, pero también como un fin en sí mismo. Así, “*en lugar del patrón pusimos la responsabilidad*” afirma un trabajador de la Cooperativa Chilavert, una imprenta recuperada por sus trabajadores en la ciudad de Buenos Aires.

Cabe señalar que a diferencia del imaginario revolucionario y de las prácticas de los partidos y organizaciones emancipatorias de décadas anteriores, en los nuevos movimientos sociales la concepción de poder es en muchos casos resignificada. El objetivo no estaría centrado en tomar el poder ni identificar éste con el aparato estatal, sino practicarlo desde la cotidianeidad y la creatividad de la lucha, donde las decisiones puedan ser compartidas y definidas en asambleas, haciendo desaparecer o volviendo más porosa la relación dirigente/dirigido. Como afirma Raúl Zibechi haciendo referencia al “*mandar-obedeciendo*” del movimiento zapatista “*todos somos sujetos en igualdad de condiciones, rompiendo la idea de un sujeto (partido) que toma decisiones y las traslada a un objeto (clase o masas)*” (2003a:99). En palabras del propio movimiento: “*que manden los que mandan obedeciendo a los más, el que manda obedece si es verdadero, el que obedece manda por el corazón común de los hombres y mujeres verdaderos*” (EZLN, 1994:176).

Al asumir el ejercicio colectivo de la decisión y del poder compartido, la cuestión no se limita al problema de la propiedad de los medios de producción o a la distribución de los ingresos, sino que refiere también a los métodos y objetivos definidos colectivamente frente a formas heterónomas y jerarquizadas de producir y de vivir en sociedad. La reciprocidad y el trabajo colectivo autogestivo crea nuevos cimientos en base a construcciones horizontales donde ya no existe jerarquía absoluta y donde la clásica

relación capital-trabajo se ve desestructurada. La articulación se sostiene ahora desde la simultaneidad y la complejidad de lo diverso. En este sentido, y retomando a Boaventura de Sousa Santos (2006:29), estos espacios exigen una ecología de los reconocimientos, es decir, la construcción de “diferencias iguales” a partir de reconocimientos recíprocos que permitan la reconstrucción de lo que existe como diferencia, pero descartando las jerarquías. Esto constituye un desafío para aquellas organizaciones que se proponen llevar a cabo la autogestión, ya que deben construir la propia disciplina sin el poder normalizador del capital, distanciándose de aquellas estructuras y dispositivos hegemónicos que ordenan la vida social. Es decir, no se trata sólo de promover nuevas sociabilidades solidarias sino de practicarlas y hacerlas viables, resignificando el poder y haciéndolo circular desde modos más horizontales.

Al respecto resulta interesante la noción de *communitas* trabajada por Bauman en su libro *Amor Líquido*, la cual hace referencia a aquellas lógicas y modos de coexistencia humana basadas en vínculos desestructurados y no institucionalizados. La idea de *communitas* refiere al dominio de la espontaneidad, la autoafirmación, la experimentación, mientras que *societas* es el dominio de la institucionalización, la rutina, y del orden jerárquicamente estructurado. Ambas lógicas están presentes e imbricadas en las relaciones sociales. También en estas experiencias, donde la experimentación solidaria y autoafirmativa (*communitas*) enfrenta hacia adentro y hacia fuera aquellas fuerzas sociales, económicas y políticas de la regulación social, la jerarquía y el control social que intentan institucionalizarlas. Como afirma el autor, “La supervivencia y el bienestar de la *communitas* (y por lo tanto, e indirectamente, también de la *societas*) dependen de la imaginación humana, de su inventiva y coraje para *romper* la rutina y aventurarse por caminos *inexplorados*. En otras palabras, depende de la habilidad humana para vivir en riesgo y aceptar responsablemente sus consecuencias” (2005:102).

Esto también puede percibirse en los espacios de intercambio y comercialización de la producción, donde en muchos casos estas experiencias se han mostrado capaces de crear otra situación, identificando en el mercado una realidad siempre social y políticamente construida. La deconstrucción del vínculo productor-consumidor, la relación campo-ciudad, la construcción articulada y colectiva, así como la importancia de los vínculos cara a cara constituyen ejemplos de un modo de concebir la economía que colisiona fuertemente con las tendencias del capitalismo globalizado.

En este sentido, muchas de las resistencias y estrategias económicas alternativas se articulan con la idea de construir un “comercio justo” y relaciones más directas entre

productor y consumidor. Así, productos de movimientos campesinos e indígenas son comercializados a través de grupos de estudiantes en la ciudad de Buenos Aires; diferentes movimientos de desocupados se unen para la venta de su producción en ferias o redes de economía solidaria; productores agrícolas y campesinos se organizan para la venta conjunta en los pueblos/ciudades a través de ferias francas; etc. El mercado a través de estas prácticas es resignificado y entendido como un espacio de intercambio que puede ser construido en base a relaciones más justas y solidarias. Deja de ser pensado desde la concepción abstracta y difusa que ha difundido el neoliberalismo, para hacerlo en términos de vínculos entre personas para asegurarse su subsistencia, es decir, como *mercados reales* (Mackintosh, 1990).

Es interesante observar al respecto que el valor social de la producción en este marco no se reduce al precio de mercado o a razones estrictamente económicas, sino que refiere también al modo en que han sido elaborados los productos, las relaciones sociales y los valores que sostienen dicha producción, así como la lucha y la defensa de las formas de vida que están inmersas en esas producciones. A su vez, a través de estas propuestas, al evitar los intermediarios, se construyen espacios de verdadera comunicación, donde las relaciones están plenamente personalizadas (ver Barbero, 2001). Las ferias, por ejemplo, representan un espacio de integración en el cual se hace significativo el intercambio *cara a cara* entre el consumidor y el productor. El puesto en la feria forma parte de esa *otra* economía, en la cual comprar o vender implica comunicarse e intercambiar experiencias, y en la cual la fetichización de la mercancía, la competencia y el intercambio desigual intentan ser reemplazados por el encuentro directo, solidario y más igualitario entre productores y consumidores.

Las articulaciones entre las organizaciones resultan aquí fundamentales, ya sea por el intercambio de saberes como también por la posibilidad de construir entramados sociales que sirvan de *red* de contención a cada una de las experiencias que la componen. En efecto, la sustentabilidad de estas iniciativas productivas en muchos casos depende de dichas solidaridades, ya que deben enfrentar los límites y las dificultades que implica desenvolverse en un contexto signado por relaciones que se encuentran profundamente mercantilizadas. Esta articulación entre las diferentes iniciativas productivas no sólo es central en los espacios estrictamente productivos y/o comerciales, sino también en la lucha por recursos y por definir políticas hacia estos sectores. Uno de los ejes de conflicto y de disputa por parte de estas iniciativas -que se ve claramente en el caso de las empresas recuperadas, pero en el resto de las experiencias está también presente- es la cuestión de las

normativas y leyes vigentes, que por lo general no contemplan estas actividades o modos de funcionamiento. Las prácticas que llevan a cabo los movimientos de desocupados en el marco de proyectos productivos por lo general se desarrollan en escenarios de informalidad e incluso ilegalidad, porque no cuentan con respaldo legal y marcos normativos adecuados, a pesar de estar apoyadas en muchos casos por el mismo Estado⁷.

En las situaciones donde se requieren, las organizaciones realizan un esfuerzo por adaptarse a dichas situaciones a través de formalizaciones que no traducen lo que se está haciendo en la práctica, lo cual a su vez acarrea nuevas dificultades y obligaciones que no corresponden con la realidad cotidiana de las organizaciones. Aunque existen ciertos intentos de formalización para este sector, la legislación y el marco normativo para las actividades económicas (de producción, de comercialización, financiera, etc.) continúan siendo las mismas. La regulación para la acción cooperativa, los requisitos comerciales, las limitaciones financieras, etc. son una traba importante con la que deben lidiar día a día estas organizaciones, y la discusión por qué Estado, qué normas, qué leyes deben regular estas actividades está todavía pendiente.

Reflexiones e interrogantes finales

Para reflexionar sobre las iniciativas económicas autogestionadas nacidas en el marco los nuevos movimientos sociales y sus posibles tensiones con los modos de producción hegemónico, comenzaremos planteando tres características íntimamente relacionadas entre sí, que han sido señaladas por Santos (2002:26) para definir la lógica del sistema capitalista neoliberal. La primera característica es que este sistema genera desigualdades de recursos y poder en múltiples ámbitos: diferencias entre las clases sociales (capital/trabajo); en los roles subordinados de la mujer en la lógica patriarcal; en las relaciones de opresión hacia las minorías raciales y sexuales; etc. En segundo lugar, las relaciones económicas capitalistas promueven formas de sociabilidad basadas en los beneficios personales en

⁷ Cabe destacar que desde el Estado en los últimos años se han llevado a cabo una serie de políticas –en su mayor parte de tipo fatalizadas- para apoyar y fortalecer este tipo de iniciativas productivas desarrolladas por organizaciones sociales de diversa índole. Dicho apoyo se materializó en financiamiento para herramientas, insumos, infraestructura, etc., que en muchos casos fue articulado con subsidios de ingreso por desempleo como los Planes jefes y jefas de Hogar y otros planes sociales similares (\$150 ó U\$S 50 por mes). Sin embargo, debemos señalar que estas políticas son llevadas a cabo en el marco de políticas sociales que se proponen paliar profundos problemas como la desocupación y la desintegración social, pero sin estar del todo articuladas con políticas macroeconómicas.

detrimento de lógicas solidarias y colectivas. En tercer lugar, el desarrollo del capitalismo y la creciente explotación de los recursos naturales generan un riesgo global sobre el medio ambiente, poniendo en peligro las posibilidades biológicas de la vida en el planeta. En resumen, las relaciones mercantiles desarrolladas en el marco del sistema capitalista neoliberal promueven la desigualdad entre los sujetos, el individualismo y la destrucción del medio ambiente.

Ahora bien, al pensar las estrategias productivas de los distintos movimientos sociales no nos interesa tanto la discusión acerca de la posible novedad o no de estas experiencias, sino más bien reflexionar hasta qué punto estas experiencias (o experimentaciones) implican una disrupción y distanciamiento con las lógicas mercantiles del sistema hegemónico.

A lo largo de la historia y desde los comienzos del capitalismo, diversos actores sociales fueron proponiendo resistencias y construyendo alternativas políticas y económicas a esta lógica mercantilista. En tal sentido, resulta importante rescatar aquellas economías campesinas e indígenas que sobrevivieron a distintos modos de producción desde los comienzos de la agricultura, adaptándose a los cambios productivos y sobreviviendo a las presiones estructurales y políticas de los cambios económicos a nivel mundial, resistiendo desde su forma de producir y reproducir la vida y la cultura campesina, ligada a la producción familiar para el autoconsumo en una relación recíproca con el ambiente, la tierra, los bosques, el agua, los animales, etc.

Al mismo tiempo cabe resaltar otras resistencias al capitalismo como fue el movimiento luddita que defendía formas de producción alternativas al desarrollo de la Revolución Industrial, planteando un trabajo sin enajenación del hombre subsumido a las maquinarias industriales. El movimiento cooperativista es otro ejemplo de estas primeras resistencias y alternativas al avance de la modernidad capitalista. Casi simultáneamente al desarrollo capitalista surgieron las primeras cooperativas de trabajo y consumo, por ejemplo la experiencia pionera del cooperativismo: la Cooperativa de Rochdale fundada en 1844. Simultáneamente se encuentran las experiencias del “socialismo utópico” que, si bien no tuvo un desarrollo continuado a lo largo de la historia, se enlaza con muchas de las experiencias autonómicas. Otros sectores del movimiento obrero comenzaban a organizarse y a plantear distintas alternativas al capitalismo desde tendencias anarquistas y socialistas, por ejemplo, durante la Comuna de París en 1871, donde las luchas obreras

generaron no sólo una autogestión política del espacio público y la ciudad, sino también experiencias de autogestión productiva por parte de los trabajadores, que resultaron truncas con el fracaso de la Comuna y la restauración del régimen dos meses después de comenzada la revuelta. Lo mismo pareciera ser válido para algunas experiencias del llamado “socialismo real”. A lo largo del siglo XX en el campo del socialismo existieron distintas experiencias y tendencias que fueron experimentando con menor o mayor suerte distintos esquemas de producción alternativos al capitalismo. Para nombrar sólo algunas de estas experiencias, podría pensarse en los debates entre los dirigentes de la Revolución Rusa durante la década del veinte⁸, los debates y ensayos de desarrollo económico en los años posteriores a la Revolución Cubana (1960-1965), la experiencia de empresas autogestionadas por sus trabajadores e interrelacionadas por un mercado bajo la regulación de un Estado Socialista en la Yugoslavia del gobierno de Tito, entre otras experiencias históricas del socialismo real.

Nos parece fundamental reflexionar en torno a estas experiencias alternativas, ya que generalmente se encuentran invisibilizadas en los discursos y estadísticas oficiales, como también en la agenda pública y los discursos académicos hegemónicos. Según Boaventura de Sousa Santos existe una “monocultura del saber y el rigor” ligada al desarrollo de la razón moderna que plantea que el “único saber riguroso es el saber científico, y por lo tanto, otros conocimientos no tienen la validez ni el rigor del conocimiento científico. Esta monocultura reduce de inmediato, contrae el presente, porque elimina mucha realidad que queda afuera de las concepciones científicas de la sociedad, porque hay prácticas sociales que están basadas en conocimientos populares, conocimientos indígenas, conocimientos campesinos, conocimientos urbanos, pero que no son evaluados como importantes o rigurosos. Y como tal todas las prácticas sociales que se organizan según este tipo de conocimientos no son creíbles, no existen, no son visibles.” (2006:23). Se produce así, según el autor, un “epitemicidio” de esos otros saberes a partir de un “desperdicio de la experiencia”.

Esta recuperación de experiencias invisibilizadas y desperdiciadas enfrenta al mismo tiempo el riesgo de la “romantización”. En tal sentido, de lo que se trata es del delicado desafío de pensarnos críticamente desde el conocimiento crítico, o sea que además de ser críticos del sistema hegemónico no debemos perder el punto de vista crítico de las experiencias con las que como investigadores nos sentimos interpelados.

⁸Donde Trotsky, Zinoviev, Lenin, y Stalin, entre otros, discutieron acerca de las posibilidades del desarrollo económico socialista en la naciente Unión Soviética, a pocos años de la Revolución de 1917.

Asimismo y en vínculo con lo planteado anteriormente existe el riesgo de trabajar desde el *normativismo*, es decir, planteando las variables que *deberían* adoptar los movimientos sociales en el marco de una economía alternativa, en vez de dar cuenta de las experiencias para abonar a una reflexión crítica y colectiva de estos “campos de experimentación”, problematizándolas, y construyendo acompañamientos teóricos, así como nuevos interrogantes que permitan la potenciación de las experiencias emancipatorias.

Al respecto y para comenzar con las reflexiones finales, creemos que estas prácticas alternativas nos llevan a concebir la economía ya no en términos exclusivamente mercantiles, sino también recuperando la *reciprocidad* y la *domesticidad* –de las cuales nos hablaba Polanyi- como principios económicos, y posibilitando a su vez cierta coexistencia entre diferentes formas de integración económica y cultural. Como afirma Santos (2003) en *Nuestra América*, “otra faceta importante de los sistemas alternativos de producción es que nunca son exclusivamente económicos en su naturaleza. Movilizan recursos culturales y sociales en tal forma que impiden la reducción del valor social a un precio de mercado”. Lo social, lo económico y lo político se resignifica, creando una estrecha imbricación entre cada una de estas dimensiones y poniendo en suspenso sus límites.

Bauman alude al concepto de “economía moral” de A. H. Halsey para referirse a todas aquellas actividades que escapan de algún modo a las lógicas puramente mercantiles. A diferencia de la economía moderna de mercado en la cual no existen compromisos duraderos, sino individuos solitarios y egoístas que se guían por elecciones racionales, la economía moral refiere a todas aquellas actividades donde prima el principio de solidaridad, la ayuda vecinal, el intercambio familiar, la cooperación entre amigos, “todas aquellas razones, impulsos y acciones con los que están entretejidos los lazos humanos y los compromisos duraderos” (Bauman, 2005:96).

En una frase tan interesante como provocativa, Bauman afirma que “Si las tensiones generadas por la economía de mercado no alcanzan niveles explosivos es sólo gracias a la válvula de seguridad de la “economía moral”. Si los sobrantes humanos producidos por la economía de mercado no se vuelven inmanejables es sólo gracias al colchón de esa “economía moral”. De no ser por la intervención correctiva, mitigadora, moderadora y compensatoria de la economía moral, la economía de mercado dejaría al descubierto su instinto autodestructivo” (2005:97).

Compartimos con el autor dicha afirmación pero pensamos que además existe una ligazón entre las experiencias alternativas y ciertos lazos políticos de las organizaciones, entendidos éstos en un sentido amplio: entramados solidarios, reciprocidades entre los

miembros del movimiento, coordinaciones con otras organizaciones, cambios profundos en las subjetividades de los participantes de estas experiencias de “economía moral”. Existen en la mayoría de estos movimientos visiones que articulan esta esfera económica con un horizonte emancipatorio en permanente construcción. Si bien son híbridas y minoritarias, al encarnar valores y formas de organización opuestas a las del capitalismo, estas alternativas económicas generan dos efectos de alto contenido emancipador: cambios fundamentales en las condiciones de vida de sus actores y, a nivel social, la ampliación de los campos sociales en que operan valores y formas de organización no capitalistas (Santos, 2002). En ese sentido, y retomando a Santos, se podría afirmar que si bien constituyen en muchos casos una alternativa de producción y comercialización a nivel local, enfrentan el desafío de conformar estrategias integradoras que involucren procesos de transformación económica, cultural, social y político a otras escalas. “En estas iniciativas, los vínculos locales/globales son más difíciles de establecer, sobre todo porque confrontan más directamente –no sólo a nivel de la producción sino también a nivel de la distribución– la lógica del capitalismo global que está detrás de la globalización hegemónica” (Santos, 2003).

Creemos que en estas experiencias económicas de los movimientos sociales conviven, como espacio híbrido, prácticas alejadas de los modos capitalistas junto con prácticas que reproducen lógicas económicas hegemónicas, muchas veces en el seno de las mismas experiencias, cuestión que está dada por los contextos en las cuales están inmersas, así como por la propia subjetividad de los sujetos que producen y reproducen dichas experiencias. En tal sentido consideramos que no puede establecerse una relación lineal entre prácticas económicas alternativas y una práctica emancipatoria que se encuentre exenta de tensiones y contradicciones. Como afirma Quijano, *“las relaciones entre conciencia social y política y la organización cooperativa de la producción y de su mercado son, sin duda, complejas, contradictorias y, sobre todo, tan heterogéneas como los contextos temporales y estructurales específicos en los cuales suceden o se establecen. Y precisan ser discutidas a partir de, y en relación a, tales contextos específicos, porque los fenómenos sociales no encuentran explicación, ni, sobre todo, sentido, fuera de ellos mismos.”* (2002:496, traducción propia)

Estas experiencias que se pretenden experimentar otros modos de vivir en sociedad enfrentan hoy múltiples interrogantes y desafíos vinculados a ese espacio de la *communitas* de la que nos habla Bauman en permanente tensión con la *societas*. En efecto, esa construcción de sociabilidades diferentes implica transformaciones sociales y culturales

muy profundas que impactan en la organización de la producción, el intercambio y el consumo y en todos los niveles de la vida social, que entran en conflicto con modos institucionalizados de la actual vida en sociedad. En tal sentido, nos interrogamos acerca del porvenir de los movimientos sociales y estas experiencias alternativas: ¿se mantendrán resistiendo y construyendo en los ámbitos locales en tanto no interfieran con los procesos de acumulación capitalista? ¿Serán absorbidas e incorporadas por las lógicas mercantiles de la globalización que intentan combatir? ¿Conformarán un entramado junto con otras experiencias constituyendo sistemas económicos alternativos multidireccionales y, desde sus diferencias, multiplicadores de experiencias no capitalistas de producir y reproducir la vida?

Bibliografía:

- **Altvater, E. (2005)**, “La precarización de la política” publicado en <http://lavaca.org/seccion/actualidad/0/230.shtml>
- **Bauman, Z. (1999)**, *La globalización. Consecuencias humanas*, Fondo de Cultura Económica.
- **Bauman, Z. (2005)**, *Amor Líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- **EZLN (1994)**, *EZLN Documentos y Comunicados I*, Ediciones Era, México.
- **Giarracca N. (Comp.) (1994)**, *Acciones Colectivas y Organización Cooperativa, reflexiones y estudios de caso*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.
- **Hewitt de Alcántara, C. (1993)**, *Real Markets: Social and Political Issues of Food Policy Reform*, UNRISD-Frank Cass, Londres.
- **Ianni, O. (1996)**, *A era do globalismo*, Rio do Janeiro, Civilização Brasileira.
- **Mackintosh, M. (1990)**, “Abstract markets and real needs”, en Bernstein H., Crow B., Mackintosh M. y Martin Ch., *The Food Question: profits versus people*, Monthly Review Press, New York.
- **Magnani, E. (2003)**, *El cambio silencioso*, Editorial Prometeo, Buenos Aires.
- **Melo Lisboa, A. (2000)**, “Los desafíos de la Economía Popular Solidaria” en <http://www.equitativo.com.ar>
- **Melucci, A. (1984)**, “An end to Social Movements?” en *Social Science Information*, N°4/5 vol.23, SAGE, Londres
- **Melucci, A. (1994)**, “Asumir un compromiso: identidad y movilización en los movimientos sociales”, en *Zona Abierta*, N° 69, Madrid, 1994.
- **Polanyi, K. (1957)** *The Great Transformation*, Beacon Press, Boston.
- **Quijano, A. (2002)** “Sistemas alternativos de produção?” en *Produzir para viver: os caminhos da produção nao capitalista*, Civilização Brasileira, Río de Janeiro.
- **Rebón, J. (2004)**, *Desobedeciendo al desempleo. La experiencia de las empresas recuperadas*, Ediciones P.ICA.SO/La rosa blindada, colección cuadernos de trabajo N°2, Buenos Aires.
- **Santos, B. de Sousa (2002)**, *Produzir para viver: os caminhos da produção nao capitalista*, Civilização Brasileira, Río de Janeiro.
- **Santos, B. de Sousa (2003)**, “Nuestra América: la formulación de un nuevo paradigma subalterno de reconocimiento y distribución” en *La caída del Angelus Novus: ensayos para una teoría social y una nueva práctica política*. ILSA- Universidad nacional de Colombia.
- **Santos, B. de Sousa (2006)**, *Renovar la teoría crítica y reinventar la emancipación social (Encuentros en Buenos Aires)*, CLACSO, Buenos Aires.

- **Teubal, M. (1994)**, “Hambre y crisis agraria en el "granero del mundo", Realidad Económica N° 121.
- **Teubal, M. y Rodríguez, J. (2002)**, *Agro y alimentos en la globalización. Una perspectiva crítica*, Ediciones La Colmena, Buenos Aires.
- **Zibechi, R. (2003a)** *La Mirada Horizontal. Movimientos sociales y emancipación*, Editorial Tierra del Sur, Buenos Aires.
- **Zibechi, R. (2003b)**, “Los movimientos sociales latinoamericanos: tendencias y desafíos”, en Observatorio Social de América Latina (OSAL), N° 9, Buenos Aires, CLACSO.

Otras Fuentes:

- **Encuesta permanente de Hogares (EPH)** del Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC): www.indec.gov.ar